

# AL PRINCIPIO FUE NIETZSCHE

**Marcello Veneziani**

El siglo XX nació con la muerte de Nietzsche y terminó con el renacimiento de Nietzsche; un destino circular, como el Eterno Retorno cantado por Zaratustra. Ya lo advirtió el mismo Federico: "Se hablará de mí en el siglo XX, se me comprenderá después del siglo XX"... Nietzsche decía sentirse en casa en el siglo XXI... él, el renegado del XIX, el padre del novecientos.

Ernst Jünger, parafraseando al Superhombre de Nietzsche, definió al siglo XX como la era de los titanes. Quizás el XXI sea el siglo de la conquista del Superhombre, o quizás no, porque el "nuevo hombre" no es sino un subproducto prometeico de los sueños de la ideología y de la tecnología, los dos grandes atributos popularmente atribuidos al "Übermensch" nietzscheano, el Superhombre en el sentido de Titán, aquel que galvaniza la Voluntad de Poder (mal traducida a veces como "voluntad de potenciar"), el Ultrahombre, en todo lejano y contrapuesto a ese Último Hombre de nuestro cambio de milenio.

El siglo XXI se anuncia por ello como el siglo de la guerra civil nietzscheana, pues ya se vislumbran sobre el horizonte nuevos renacimientos del filósofo. El Superhombre acecha en cada emboscadura, y la dictadura que sobre él ejercen los "últimos hombres" ("Den letzten Menschen", "hombres envejecidos prematuramente por el nihilismo", saciados de todo y de la nada, conformistas en su vida carente de sentido) le resulta intolerable.

La centuria pasada fue la de las interpretaciones de Nietzsche, de los sucesivos "renacimientos" cíclicos de periodicidad más o menos duodecimal. Ernst Nolte ha sido el último en resucitar al filósofo de su tumba en Sils Maria. Su obra Nietzsche y el nietzscheanismo debiera, en propiedad, titularse Nietzsche contra Marx, pues sus pretensiones no son otras sino oponer el fascismo al comunismo, tal como Nolte entiende ambos conceptos: vulgarizados al máximo. Los dos filósofos del martillo son vistos por Nolte como los ideólogos más importantes de aquella gigantesca guerra civil que caracterizó la historia del novecientos y se materializó en dos conflictos mundiales de características apocalípticas... o quizás, más bien, "raknarrokgicas", propias de un de ocaso de los dioses.

En esta radical antítesis, Nolte no deja de descubrir analogías subterráneas, en verdad un tanto frágiles: por ejemplo, las referencias comunes a la Grecia clásica, que en el economista son mucho más imprecisas e infrecuentes que en el filólogo (normal, por otra parte: Nolte olvida –presuponemos que no ignora– que Nietzsche se ganaba la vida como profesor de griego clásico). El helenismo marxiano sería acusado por el apóstol de politeísmo dionisiaco como "monoteísta" y "apolíneo". A la inversa, la influencia que ejerció en ambos la crítica de Feuerbach a las religiones aparece marginal en Nietzsche frente a la centralidad que asume en Marx. A nosotros nos resulta más curioso, y mucho más significativo, que en las bibliotecas públicas

alemanas de principios del novecientos los libros del aristocrático Nietzsche eran treinta veces más leídos por los obreros que las obras de Marx (lo mostró un estudio sobre las fichas de salida en las bibliotecas municipales de Berlín y Hamburgo), o que en la Rusia a la antesala de la revolución bolchevique las ediciones en ruso del Así habló Zaratustra alcanzaban ya el número 18 frente a la solitaria traducción cirílica de "El Capital". La única conclusión posible es que la lectura nacionalista, o de derecha, de Nietzsche fue, cuando menos, precedida por la apropiación anárquica de muchos exegetas que lo convirtieron en un nuevo Stirner.

La historia de las interpretaciones de Nietzsche podría fabulísticamente titularse como La historia de Federico y los Siete Enanitos Nietzscheanos. La primera de las exégesis popularizadas de Nietzsche, que arrancando de Bandres y continuando con Stephen George acaba en D'Annunzio, es de tipo estética y estetizante. El aristocratismo de Nietzsche aparece aquí fundado sobre la superioridad del arte y del artista, en una especie de redención de la vida a través de la belleza. A esta lectura estética siguió inmediatamente la lectura política, pero, curiosamente, opuesta a aquella lectura nacionalista estetizante de un Barrés o un Corradini, por ejemplo. El primer intérprete en clave política de Nietzsche, desde la izquierda, fue el joven socialista Benito Mussolini, en una memorable obra fechada en 1918 y titulada en italiano *Filosofía della Forza*, donde la idea del Superhombre aparece ligada al impulso ateo, revolucionario, subversivo, filtrado por las lentes de Sorel y Pareto. Lo dicho podrá ser embarazoso para muchos, pero no deja de ser constatable.

El tercer Nietzsche fue el pangermano; es el Nietzsche prologado por su propia hermana Elizabeth Fosther Nietzsche y legitimado por Baeumler entre la música de fondo de los coros wagnerianos. Es a este Nietzsche a quien se refiere el más insano de los vulgarizadores de Marx, Lukacs, como el "portavoz del capitalismo en su fase más agresiva".

Después llegó el Nietzsche filósofo-puro (una definición que habría sacado de sus casillas al mismísimo Federico), desvinculado de toda estética y política; este es el Nietzsche presente en las obras de Heidegger, para quien el Así habló Zaratustra debiera ser leído en el mismo sentido riguroso que un Tratado sobre la Moral de Aristóteles. Con Heidegger, Nietzsche deja de ser el profeta del Superhombre para devenir en el filósofo del Ultrahombre. Y es a través de esta clave como se llega a la lectura "libertaria", "ecologista", "postmoderna" de Nietzsche, sobre todo a través de los postmarxistas italianos, con Vattimo a la cabeza, que incluso tiene sus representaciones cinematográficas en la directora francesa Liliana Cavan.

Por la otra parte no faltaron las tentativas de conjugar a Nietzsche con el tradicionalismo, sea en negativo, como testimonio del nihilismo, sea en positivo, como el profeta de la fe en el antimodernismo y el antigualitarismo. Tal fue la muy lúcida lectura de Julius Evola y de su sucesor Adriano Romualdi, o, por otras veredas, la de Rudolf Steiner. Tampoco han faltado quienes sitúan a Nietzsche en el contexto de una crítica interior de la tradición cristiana, desde Jaspers hasta Max Scheler, para quienes la lucha de Nietzsche contra el cristianismo es producto de su "cristianidad", de sus impulsos radicales cristianos que se evidenciarían en: a) el convencimiento de que el hombre tiene conocimiento de la historia humana en la totalidad de su proceso; b) la idea de la moral y la espiritualidad como bases de la ciencia; c) la idea de que el hombre es "algo esencialmente fallido" (aunque a esta lectura cristiana puede objetarse que el "mal" en Nietzsche se entiende en su sentido griego de "ausencia", nunca como "corrupción" o "pecado original"). Jaspers definió a Nietzsche como "un hombre de Dios que nunca llegó a comprenderse a sí mismo", comentando la famosa cita de Heidegger según la cual "Nietzsche fue el único creyente del siglo XIX".

Löwith protestará ante esta lectura, reafirmando "el ateísmo radical de Nietzsche, donde no cabe la duda". También protestó Alain de Benoist, destacando ante todo el paganismo de Nietzsche y sosteniendo que la peculiaridad de su pensamiento reside en su "historicidad", mientras que sus referencias metafísicas serían una sombra contradictoria que se alarga desproporcionada e indebidamente.

Dos filósofos católicos como Roberto Sciacca y Augusto Del Noce han visto en Nietzsche el punto más alto al cual puede llegar el nihilismo en su crítica a la modernidad y en su búsqueda desesperada de sentido, un punto tal que sólo puede esperar reencontrar a Dios.

En esta contabilidad de interpretaciones todavía se escapa un Nietzsche emboscado, voluntariamente eclipsado, un Nietzsche en todo contrapuesto a su imagen negativa que hoy prevalece, por encima de los grupos folkloristas o marginales, tipo skinheads, que hacen del Superhombre su parodia, pero también por encima de esa imagen tan grata a los banqueros, los anarcocapitalistas y los nuevos burgueses bohemios, que hacen del nihilismo una especie de sacro egoísmo para los pudientes. El Nietzsche del Superhombre, de la voluntad de potencia, del darwinismo social, está bien presente hoy en las vulgarizaciones de Superman, de Rambo, de los señores de la bolsa y del poder sin escrúpulos disimulado bajo el traje hipócrita de la buena conciencia ética, liberal y democrática. El Nietzsche populachero es la perfecta representación de aquello que Lukacs describe en *La Destrucción de la Razón* como la expresión más fuerte de la voluntad de poder del capitalismo. Este no es Nietzsche, ni siquiera uno de los siete enanitos nietzscheanos, sino un primo envidioso que hizo fortuna y que podemos encontrar, por ejemplo, en los escritos de un tal Achad Haam, líder sionista de principios del novecientos quien, desde títulos como *De Sils Maria A Jerusalén*, encuentra en Nietzsche motivos suficientes para legitimar un futuro Estado hebreo en Palestina, identificando al Superhombre con el "pueblo elegido", los "Señores de la Tierra". En Nietzsche, las célebres afirmaciones antisemitas se encuentran con otras menos célebres, aunque igualmente vehementes, críticas al antisemitismo.

En una de sus cartas a Bandrés, en 1888, Nietzsche afirma que "no hay mejor fórmula para la aniquilación del cristianismo que delegar el poder en el internacionalismo hebreo". Este es un Nietzsche menor, pero no deja de ser Nietzsche. Por otra parte no hay que rechazar completamente la tesis del encuentro con Marx, no en la tesis nolteana del combate entre el comunismo y el fascismo, sino al contrario, en el rechazo de toda religión, también de las seculares, en nombre de una humanidad autorredenta. Para ambos, la religión no es sino un "sustrato oriental" del cual hay que librarse, pues el Occidente es la tierra prometida de la secularización, donde el hombre se cultiva a sí mismo. Es en Humano, demasiado humano donde Nietzsche alaba la contribución del hebraísmo a "la progresiva occidentalización de Occidente". El Nietzsche antisemita convive, al menos "ex aequo", con el Nietzsche filisionista, por simples razones de voluntad de potencia.

Pero el Nietzsche por venir, aquel que ha de comprenderse sólo después del siglo XX, no es simplemente el Nietzsche "profundo", pues Nietzsche es ante todo el filósofo de las palabras claras, enemigo declarado de las profundidades, para bien y para mal mucho más directo de lo que piensan sus "profundos" exegetas. Comprender a Nietzsche es comprender el sentido de su "superficial profundidad", al margen de su belleza literaria y autobiográfica: "Nosotros, los ricos de espíritu, vivimos nuestra actualidad porque estamos esclavizados a la época y a sus pequeñas y grandes miserias... haremos lo que siempre hemos hecho: disfrazarnos de profundidad, para así cabalgar la ola de los tiempos y surgir de nuevo limpios, porque sólo la verdad sobrevive a la profundidad".

El Nietzsche por venir, al cual hemos de rendir cuentas, es el juez del nihilismo y de la superación del nihilismo, el punto más alto al que puede acceder el pensamiento inmanentista. Nos referimos, por supuesto, al pensamiento sincero, consciente, no a los diversos modos de "pensamiento débil", tranquilos y felices, "fugados" entre su nihilismo técnico, práctico y funcional. El Nietzsche por venir será el gran juez que guarda las puertas del cielo en la convicción de que Dios ha muerto, sí, pero sólo para volver a nacer... porque así ha de ser, porque así fue siempre en el eterno retorno de los tiempos, porque en realidad Dios no nace y muere en Sí, sino en nosotros. Su muerte, como su renacimiento, es cosa nuestra, no de Él.

Sólo en estos años de cambio de milenio se percibe, a nivel de civilización, a nivel popular, el sentido radical de aquella experiencia que estremeció a Nietzsche a finales del XIX; sólo a finales del XX el nihilismo se hizo enfermedad congénita y común, nihilismo práctico para consumo de las masas, no pensamiento abisal para pocos. La gran guerra del siglo XXI ya se perfila en el horizonte: Nietzsche contra Nietzsche.

VENEZIANI, Marcello, "Al principio fue Nietzsche" en *La Gaceta de las Verdes Praderas* Nº I, Año I, II Época

**Texto descargado de:**  
**Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)**  
**2007**